

RÉQUIEM

Ambos conocemos la verdad. Una verdad que yo intento disfrazar con mentiras que tú aparentas creer. Eres mi perdición y mi triste final, porque ante ti soy frágil y me pierdo entre las sombras del dolor. Te habría dado toda mi existencia, pero dejaste mi cuerpo vacío, lóbrego, infinito.

Prólogo

Me sumerjo en mi subconsciente, en busca de rasgos ocultos de mi personalidad. Busco mi lado oscuro, engendrador de mis pasiones más profundas. De él nacen mis hijos, criaturas sin nombre, sin tiempo, sin espacio. Letras efímeras que se pierden en el olvido.

Y paso por las tinieblas de mi mente. Ando entre la oscuridad de la duda y el miedo. Me reduzco a cenizas quemándome con el fuego del sufrimiento. Mis gritos ensordecen al mundo, un mundo lleno de estatuas de piedra que clavan en mí sus ojos vacíos y me sonríen desde la frialdad de la muerte. Durante la noche susurran mi nombre. Nunca te acerques a las sombras, siempre dicen cosas que no son verdad...

I

Escucha susurrar a los espíritus del ocaso, que hablan en secreto del color del cielo. Suplícales que no se lleven todavía el recuerdo de una voz que vive escondida en el fondo de mi memoria. Escucha el viento, ¿no te trae las palabras que una vez oíste murmurar a los árboles una noche tormentosa? Ahora esas palabras no son sino polvo esparcido entre los recuerdos de la eternidad del tiempo. Las esencias de la Naturaleza me miran con tristeza, saben que un largo camino me separa del motivo de mi melancolía... las siento danzar a mi alrededor con movimientos solemnes... siento sus frías lágrimas caer sobre los pétalos del crepúsculo...

.....

Eran sueños, sí, tan sólo sueños febriles... Desperté ahogando un grito. La luz de la luna se filtraba a intervalos entre las ruinas del monasterio, retorciéndose con las sombras en una danza perversa. Encadenada en el altar derruido, mi hambre hacía tiempo que se había difuminado en un dolor sordo... pero la sed... oh, aquella sed inhumana... Una cruz yacía en el suelo de la capilla; bajo ella, una sentencia velaba mi esperanza: bienaventurados los que lloran, su alma recibirá consolación.

Ya ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba allí, expiando mis pecados. Mis recuerdos se habían ido oscureciendo lentamente, perdiéndose en la niebla de un pasado que se me antojaba cada vez más lejano, ajeno e irreal. Un pasado agonizante del que sólo sobreviviría un nombre... Gabrielle... Porque hacía muchas lunas que suplicaba la muerte, y como único consuelo recibí el gemido mi voz, reverberarte en el vacío... Porque sólo el fuego purifica el alma...

Comenzó a llover de nuevo. Dejé que mi cuerpo cayera en la tierra sacra mientras temblaba, demasiado enferma para pensar en otra cosa que no fuera el frío. Ahora el silencio me adormecía... Oh, aquella sed. Solo me calmaba dormir, sí...

Dormir, engendrar pesadillas, olvidar, dejar de sentir ese dolor, aquel dolor insoportable, la soledad, mi abandono, dormir...

II

El frío penetraba en mi piel y, sin embargo, tan sólo sentía una lengua de fuego que me torturaba quemándome el alma. Y deseos de huir, alejarme para siempre de aquella zona, de mi cuerpo, para dejar de sentir... olvidar... Pero tan sólo podía correr desesperadamente hacia ningún sitio; correr para huir de mí misma, en medio de mi horror. Los árboles, torturados por el viento, me tendían sus ramas desnudas. Casi podía oírlos profiriéndome promesas de sosiego: "Paz... olvido... sueño..." Sabía que eran engañosos, y sin embargo... Me desplomé varias veces al suelo. La lluvia empapaba

mis recuerdos; deseaba cerrar los ojos y olvidarlos para siempre. Una frase retumbaba en mi cabeza rasgando en dos mi alma: *No mereces ser amada*. Y escuché el ulular de un búho, que se mofaba de mi tristeza.

Desde la tierra ascendía un olor nauseabundo, penetrante, horrible; era la desesperación que inundaba mis sentidos, haciéndose cada vez más densa. La noche caía pesadamente. El viento me empujaba con violencia. Entre las tinieblas las lágrimas rodaron por mis mejillas, confundándose con la lluvia, ascendiendo en súplicas hacia el cielo. Un relámpago iluminó durante un instante la tenebrosa soledad en la que me encontraba. Dolor... sólo me quedaba el dolor... Y sentir aquel vacío...

Un precipicio se abrió ante mis pies, donde el mar chocaba con furia levantando olas de espuma que se disolvían en el aire. El potente sonido de un trueno hizo retumbar los cimientos de la Tierra. Miré fijamente hacia el abismo, acariciando la idea de arrojarme a él. Sería tan fácil... Al fin podría descansar... olvidar... Solamente deseaba dormir... eternamente... Y tan sólo cerré los ojos, y caí, descendiendo en mitad de la oscuridad hacia un abismo sin fondo, sin recuerdos, sin tristeza.

.....

Entreabrí los ojos. A mi lado alguien me observaba. Llevaba el hábito oscuro de un monje. Sonreí. Era un pastor de Dios, aún podía rezar... Él se apiadaría de mí... *El Señor es mi pastor, nada me falta*. Tras la capucha sus ojos me observaban fríamente. *Me conduce hacia fuentes tranquilas*. Aguardó silenciosamente hasta el último de mis rezos. *Y conforta mi alma*.

Adiviné en su rostro una sonrisa ácida: *No te escuchará, ahora sólo me tienes a mí. Fuera de mí solo existe la muerte... Mi criatura, no llores, pronto acabará todo...*

Me retorcí entre las sombras, agónica, suplicante: *¿Qué quieres de mí?*

Se arrodilló, y rodeándome la cintura con uno de sus brazos, apoyó la frente en mi vientre. Su contacto me deshizo: *Tu alma*.

Se movía majestuosamente, con una elegancia antigua y atrayente. No volvió a hablar durante largo rato, limitándose a entonar sin palabras melodías sagradas de inciertos dioses. Las conocía, hacía tiempo que cantaba sus letras prohibidas buscando un final. El ritual había comenzado, la salvación...

Me liberó de las cadenas. Apenas podía mantenerme en pie. Caí semi-inconsciente entre sus brazos, donde me sostuvo hasta terminar de arrancar lo que quedaba de mi ropa. Quemaba, recuerdo que su contacto me quemaba la piel; pero no podía hacer otra cosa que yacer entre sus brazos, perdida y confusa, temblorosa y expectante... anhelante... ¿qué anhelaba? Sólo quería dejar de sentir...

Salí poco a poco de las sombras que cubrían mi mente. Él me miraba como se admira lo efímero. Cruzó los brazos tras mi espalda y me alzó, sosteniéndome en vilo. Rozó mi cuello con sus labios. Grité. Y después el silencio, roto tan sólo por los latidos de mi corazón, cada vez más lejanos. Apretaba mi cuerpo contra el suyo, retorciéndome agónica en un abrazo mortal. Y sus labios seguían allí, insistentes, expertos, recorriéndome. Enterró su rostro entre mis senos, como una criatura huérfana y hambrienta. Me llevó a la línea que existe entre el placer y el dolor. Y me uní a él, cantando sin palabras letras rituales, sacrílegas.

La melodía retumbaba en mi cabeza junto a los ecos de su voz, imperativa, inhumana: *Ámame*. Incliné la vista hacia el ángel caído. Abrió sus ojos, que se clavaron en los míos, traspasándome. Dos lágrimas de sangre bajaron lentamente por sus mejillas. Nadie puede rechazar al Dios de las Sombras... yo era su presa, era suya... Y su voz, persuasiva, susurrante: *Ámame...* Pero la parca no cortó el hilo. Aquella blasfema delicia no había hecho nada más que comenzar. Aún debía ser entregada... Éxtasis. Perdí la noción de la realidad, mi mente al fin se rindió, ensombreciéndose... inconsciencia...

Eran sueños, sí, tan solo sueños febriles. Corríamos, volábamos entre los árboles del bosque que rodeaba al templo. Sentía la luz de la luna filtrándose a intervalos entre las hojas... deprisa, cada vez más deprisa... lejos... aquella luz... cada vez más lejos...

Desperté en el borde de un precipicio bajo el que descansaba un antiguo cementerio. El mausoleo gemía bajo la luna. Él me sostenía por la cintura, atrayéndome hacia sí. Enterró su rostro en mi cabello con la sensualidad terrible y fría de quién posee el peligro. Y comenzó a hablar con esa voz susurrante, enronquecida por una extraña tristeza: *Me pertenecéis. Me buscáis. Puedo sentirlo... Sólo yo entiendo vuestro dolor ¿Qué ves en Él? No os ama como yo, nunca os entenderá como yo. ¿Acaso Él ha acudido a tus súplicas? ¿Ha enjugado tus lágrimas? Te ha abandonado, Gabrielle; sabes que ahora sólo me tienes a mí. Yo redimiré tus pecados, pero el perdón exige un sacrificio... Ámame del mismo modo que yo te amo... Ámame...*

Mentía, pero yo había renunciado a la esperanza. Se ve muy diferente el infierno cuando es lo único que te queda: *Deja de resistirte, ¿no es más fácil así? Sentir, ¿no es lo que quieres hacer? ¿Dejar de sentir? Te salvé del abismo una vez... quizás no merezcas una segunda... Acercó su boca a mi oído: Tus plegarias has sido escuchadas. Ahora tu Dios soy yo... tiéntame...*

Me liberó de su abrazo. Cerré los ojos y abrí los brazos... hum, sí, caer... el viento azotaba mi cuerpo, llevándose los últimos despojos de libertad... Al fin, abandonarme en una espiral de destrucción cálida y confortante, hundirme más, cada vez más en la oscuridad. Sí, caer, rozar el final...

III

Tambores. Miles de tambores. La oscuridad retumba a mi alrededor. Ya no grito. Ya nadie puede escucharme. Le siento acercarse. Ya viene... La muerte me acaricia con la punta de sus dedos. ¿Por qué hace tanto frío? Las gárgolas cobran vida. Se

mueven lentamente; escorzos grotescos. Pronuncian mi nombre. Saben que tengo miedo... sus gritos se clavan en mi mente. ¿Por qué me torturas?... Acaba de una vez... Silencio... el silencio que precede a la agonía...

Tambores. Miles de tambores. ¿Cómo escapar del Dios de las Tinieblas en su Reino de Sombra y Fuego? Entreveo almas de vírgenes oscuras; sus lamentos rasgan el aire... Pronto me uniré a su dolor...

Ya está aquí... Lápidas a mi alrededor. Ángeles de piedra lloran... lágrimas de sangre caen a mis pies... Aparezco enredada en su tela de araña. Su presencia desnuda mi candidez. Sus dientes desgarran el alba. El cielo se oscurece púrpuro. Soy su presa. Soy su amada. Suya, tan sólo suya... eternamente suya...

Silencio... el silencio que anuncia al sueño infinito...>>

.....

...Me sostuvo un ángel de cristal. Sus alas negras me envolvieron...

IV

La tristeza me envuelve. Es una belleza callada, quieta, estremecedora. Una belleza solitaria, solemne, inmortal. Mis lágrimas caen incesantes, goteando sobre el pozo de mi desesperación. Su agua se estremece, tiritando en ondas que se difuminan en estelas de angustia. Mis lamentos rasgan el aire, elevándose en sollozos hacia un cielo sin piedad... Su crueldad atraviesa mi alma, desgarrándome. Y la noche se hace eterna, dolorosamente eterna...

Frío. Soledad. Sus ojos brillan con una palidez mortal, clavados en mí. Sabe que le pertenezco. Y se pasea entre las lápidas, escondiéndose de mi mirada. Tan sólo es una sombra oscura, que me vigila con la paciencia de quien ha contemplado eras fuera del tiempo.

Se acerca. Otra vez... la última vez... Mi ser es suyo. Mi alma es suya. Y cierro los ojos... Sus labios me atormentan, recorriéndome. Dolor. Mis gritos ensordecen al mundo. Susurra. Sus palabras se retuercen en mi mente: *¿Por qué lloras? Eres tan inocente...* Suplico entre delirios. Juega conmigo: *Te amo*. Me tortura: *Te amo*.

Sus manos, heladas, consumen mi piel. La sangre comienza a resbalar por mi cuerpo. Y sonrío, saboreándola con la punta de su lengua: *¿Por qué lloras? Eres tan frágil...* Soy esclava de su piel, sumisa a sus deseos. Una criatura anhelante que entreabre los labios en espera de un último beso, helado, definitivo. Pero no llega, nunca llega...

Vuelve a alejarse, para mirar, contemplar su Imperio de Sombra y Fuego. La sangre comienza a arder en mis venas. Su presencia me quema. Yo también le pertenezco, como la noche y los sueños de los mortales. Pero no me hace suya, no termina de hacerme suya... Y cierro los ojos, arqueándome agónica. Ansiedad... Ecos. Ecos atronadores retumban en mi memoria. Escucho antiguos gritos de doncellas. No soy la primera, ¿verdad? No me amas sólo a mí... Nunca me amaste sólo a mí.

Todas las rosas blancas se tiñen de sangre. Mi cuello está preso entre sus labios y sus dientes me convulsionan. La oscuridad cae por fin sobre las ruinas, como un telón de terciopelo. Sus brazos rodean mi cuerpo, estrechándome, cubriéndome de escarcha. Soy suya, totalmente suya. Y cierro los ojos, por última vez, para caer en un sueño dulce y eterno. Sus últimas palabras me acarician antes de perderse para siempre en el olvido: *Te amo*.

La luna ilumina a intervalos una figura blanca que yace inerte sobre una tumba de piedra. La hiedra se extiende sobre ella cubriéndola con un manto de belleza inmortal. Un ángel llora sobre la lápida; tiene entre sus manos mi alma, reducida a polvo y ceniza. La sombra de mi amado se entrevé aún paseando entre el mausoleo. Ya no existe el frío ni el miedo. Sólo una paz terrible. Mi muerte.

Silencio. Doloroso silencio. Ahora yo también soy eterna. >>

.....

¡Oh, Dios! Este vacío... Lágrimas ardientes se deslizan por mi lápida. Mi anhelo... Aún escucho los últimos rezos. Las campanas doblan por mi paz. Pero no hay camino, sólo el silencio... Ni cielo, ni infierno... siquiera el olvido... Nada, no hay nada... Ni ángeles ni caídos... Eternidad...

¡Oh, Dios! Este vacío... ¿Vas a dejar que me hunda en la desesperación? Dame sólo una esperanza. ¿Por qué me dejas sola, desconsolada, perdida? Ahora sólo le tengo a él... ¿vas a dejar que me entregue a él?

¡Oh, Dios! Esta soledad... ¿Vas a dejar que le ame? Él es el dolor, fuera de él no hay nada. Silencio. Sonrío con ironía. Bienaventurados los que lloran, Gabrielle, su alma recibirá consolación.

Las pesadillas se suceden una tras otra en círculos delirantes, surrealistas, ilógicos. Ya estoy lejos... muy lejos... no, quizás aún... Ha derramado en mi boca el preciado elixir terso y rojo. Sí... ahora entiendo... yo nunca merecí el cielo... Lo siento descender por mi garganta... Mi cuerpo se convulsiona, golpeándose contra la piedra del nicho... salir... déjame salir...

Yazgo. Solo sé que yazgo. Mi Creador me abraza en nuestro lecho nupcial, pero ya no siento siquiera el frío. Nuestro ataúd está colmado de flores teñidas de sangre. La calidez de una vela danza a ratos sobre su rostro, grave y hermoso. Susurra. Aún creo escucharle, mi sueño aún no es profundo. Pero miente. Sé que miente: *Ahora eres mía, para siempre. Yo te protegeré de la Luz, mi amor.*

Amanece...

V

Tiempo. Una criatura extraña, ajena; que avanza lentamente, arrastrándose, clavando sus garras en el suelo, empedrado de tu recuerdo. Una criatura pálida,

soberbia; que me dedica una mirada larga y oscura, y sonrío, desde la frialdad de su existencia.

Dolor. Una criatura innata, propia; que habita en el fondo de mi alma desde que tu imagen comenzó a difuminarse en la niebla del pasado. Una criatura lóbrega, cruel; que araña mi piel recordándome que todavía puedo sentir.

Y la sangre resbala sobre mi cuerpo, buscando tus labios.

Sonrío con ironía. Plañideras interpretan su actuación ante mi ataúd. Te busco. Te siento. Estás ahí. ¿O no? Es tan difícil adivinar tu sombra enterrada en la luz de este crepúsculo... No, susurras ¿Acaso también vas a negarme la paz de mi sepulcro? Deja que me una a los cánticos de los muertos, que elevan en antiguos réquiem su dolor hacia la noche.

No hay nada. Vacío. Oscura eternidad. Se ha apagado la última vela.

No hay nada. Vacío. Oscura soledad. Silencio.

No hay nada. Tan solo queda mi alma. Mi amor. Tu olvido. >>

.....

¡Oh, esta sed!... ¿qué has hecho conmigo? ¿En qué me has convertido? Ahora soy tu hija. Ahora sólo el fuego puede purificar mi alma... Devuélveme a tu infierno, un último beso... Condenada a un eterno abandono. Encadenada a mi cuerpo, para siempre. Te di mi voluntad, ¿recuerdas? Caer... Solo otra alma blanca, desflorada por la muerte...

Muerte... No, ni siquiera ella puede arrebatarte lo que deseas. ¿Por qué me castigas con la eternidad? Yo sólo quería la dulce inconsciencia del olvido. Y sin embargo me retuerzo cada noche esperando agónica tu llegada, anhelando el sabor de tu piel, derrotada por la evidencia de que nunca volverás...

Buscad a mi amado en la fragilidad humana. Buscadle donde se halle una criatura de belleza triste, y hallaréis sufrimiento. ¿Qué profanarás esta vez? ¿Vencerá tu

hambre o tu pasión? No eres capaz de soportar tu sangrienta condena en soledad... no eres capaz de soportar a las criaturas que atas a la voluntad de tus deseos... Pero no le busquéis. Él viene, siempre aparece una sola vez, y os salva del suicidio. Él redimirá vuestros pecados, seréis conducidos hacia su eterno hogar, donde os consumiréis víctimas del deseo y la desesperación, atrapados en una tumba de mármol para siempre, amándole, ése será vuestro castigo... No le busquéis, él os encontrará...

¡Oh, esta sed inhumana e indestructible!... Me has mentado, mi amor, los muertos no estamos en paz.

Apéndice

Te amo. Porque me resucitaste de la triste soledad de un sueño difuso. Porque desperté cuando un viento gélido empezó a susurrar tu nombre. Sus ecos aún retumban en mi memoria. Porque mi sangre comenzó a arder en mis venas con una pasión desconocida. Y mi cuerpo renació.

Te amo. Porque me enseñaste a amar más allá de los límites de la razón. Porque tenerte desgarraba cada segundo mi existencia pero sin ti me pierdo entre las tinieblas del dolor.

Te amo. Porque el recuerdo de tus besos llenó el frío vacío de mis noches. Porque una sola palabra tuya bastó para encadenarme a tu piel. Porque deseé dormir eternamente entre tus brazos durante largos crepúsculos sin tiempo.

Te amo, aunque hacerlo fue condenarme al infierno. Te amo, aunque hacerlo fue sumirme en un eterno abismo de oscuridad. Te amo, aunque tu crueldad me arrancó de la existencia.

Por siempre. Te amo.